

Luego que el Cura desapareció, Morelos, dirigiéndose á los Galeanas, á los Bravos y á los otros jefes, les dijo.

—Ahora, á atender á nuestros heridos, y á comer; hemos llegado á la hora. Son las doce. Después, á descansar. Lo que hemos hecho vale la pena; mandaremos á Zacatula á los otros prisioneros criollos para quedar expeditos. La toma de Tixtla es de buen agiero. Las banderas españolas se bajan á nuestro paso; los Generales realistas corren; los pueblos se nos unen, y el espíritu de nuestro padre Hidalgo sigue viviendo entre nosotros.

Los jefes y los soldados vitorearon al gran caudillo, y algunas horas después, la población, que había entrado en confianza, volvía á entregarse á sus tareas ordinarias.

Tal fué la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las Gacetas oficiales, como dice Alamán, nada volvieron á decir de los sucesos de esa campaña del Sur después de Abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, á donde vinieron á explicar el cómo seiscientos hombres, sin artillería, pudieron tomar una plaza defendida por mil seiscientos con ocho piezas de grueso calibre.

Valía la pena de hablar de esta acción, y sin embargo, los llamados historiadores no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; Don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas.

Yo he reconstruido esta narración, con nuevos datos escritos, y sobre todo, con el relato verídico de los testigos oculares á quienes tuve la fortuna de alcanzar en mi juventud, en la ciudad de Tixtla de Guerrero, mi tierra natal.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



LA BATALLA EN EL PUENTE DE CALDERON.

I.

El día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapotlanejo á Tepatitlán, y yo resolví que nos levantásemos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar, sino para permanecer todo el día en Calderón, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de este nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heroicos campeones de la Independencia, les volvió al fin las espaldas dando al ejército español el triunfo más importante que alcanzara en la lucha de la Independencia.

El nombre de Calderón nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los más grandes sucesos de mi patria, había sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Barra y Zacoalco, en que había muerto la florida juventud de la ciudad: la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del Obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando; la concentración del ejército independiente y los preparativos de la batalla: la persecución y la muerte de los españoles sacrificados al recelo de un motín interior: la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugi-

tivos: el terror con que se aguardaba al implacable Flon: la entrada de Calleja y las ejecuciones con que ensangrentó la ciudad; todos estos sucesos pasados del 11 de Noviembre al 21 de Enero, habían dejado en cada familia memorias dolorosas y recuerdos de espanto que aquella generación no podía olvidar, y que los que nacimos algunos días después de tan terribles sucesos, recogíamos desde nuestra más tierna infancia. Antes de poder comprender lo que era una batalla, ni por qué se había dado el terrible combate, el nombre de Calderón era para nosotros un nombre de infortunio, de sangre y de lágrimas, impreso en el alma por los primeros recuerdos de la infancia, é íntimamente ligado después con la idea del sacrificio de los parientes y los amigos de nuestras familias, del terror y la desolación de una ciudad entera, de la sangüinaria venganza de los opresores extraños, y del infortunio de nuestra patria.

Calderón era, pues, para mí, como para tantos otros, un nombre de indefinibles emociones, un recuerdo doloroso y de gloria á la vez; y por el sentimiento natural que excita nuestra curiosidad, deseando ver los lugares en que se han verificado los grandes sucesos históricos, yo ansiaba, hacía mucho tiempo, por pasar en Calderón algunas de aquellas horas solemnes de meditación que se pasan en la soledad, ocupada la mente en serias reflexiones, y conmovido el corazón con el recuerdo de los pasados sucesos. Durante mi vida he contemplado muchas veces los lugares de nuestras ciudades consagrados por alguna memoria, y yo no sé por qué la vista de los hombres despoja de sus encantos á estos monumentos; mientras que en la soledad adquieren un no sé qué de grave y de solemne, que hiere el alma y la aterra.

Tal fué lo que sentí en Calderón. La mañana estaba fría y nublada, como mañana de Diciembre: el viento sutil del Norte penetraba nuestros poros, produciendo un sordo murmullo las hojas secas de algunos árboles, y las extremidades de inmensas tablas de zacate seco, sobre cuya su-

perficie el aire describía mil fantásticos dibujos: delante de nosotros se divisaban las altas cimas de los montes, y á nuestros pies y á nuestro alrededor había una loma árida y desigual, sin árboles y sin agua, de un color rojizo y llena de piedras: en el fondo se veían algunos jacales y uno que otro animal pastaba rumiando en el campo.... Estábamos en Calderón, en Calderón, que silencioso ahora, fué con todo un día el lugar en que cien mil hombres se reunieron para destruirse, para empapar aquel campo en sangre, y dejar sobre él centenares de cuerpos humanos que sirviesen de pasto á las aves de rapiña y á los animales feroces de aquellas cercanías: aquel silencio volvió luego, y no volverá á interrumpirse quizá hasta el fin de los siglos.

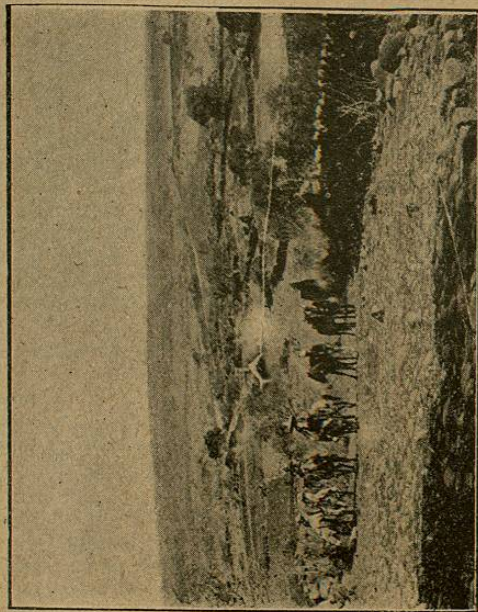
Yo llevaba una copia del plano de la batalla, levantado por el Estado Mayor del ejército realista, y publicado por Torrente, y guiado por él logré situarme en la loma que se vé al Norte, y desde cuyos puntos más elevados se distinguen bastante bien el frente, los llanos de la derecha y los contornos de la loma, que á la izquierda se extiende hacia el Oriente del mapa. Esto era lo que yo deseaba: saqué mis apuntes, coloqué el plano, y comencé á compararlo con el campo famoso que tenía delante. El lector me permitirá que lo translade á la escena que yo recordaba, y que le diga sobre ella lo que he investigado, con las penas y dificultades que por la incuria de los contemporáneos cuesta ya aclarar los hechos históricos más importantes y más recientes.

II.

El campo de Calderón fué escogido para la batalla, por dictamen de Allende y Abasolo, quienes lo juzgaron como el más á propósito para resistir al ejército realista, que iría indudablemente á combatir á los jefes de la Independencia, que ocupaban á Guadalajara. Todos previeron la inevitable necesidad del combate, y difirieron sólo en

cuanto al plan de resistencia, para cuya determinación se reunió una junta. Allende, que conocía la disciplina militar y apreciaba sus ventajas, temiendo el desorden de las masas desarmadas, con las que hasta entonces habían combatido, proponía que se dejaran en Guadalajara, y saliera sólo en busca de Calleja una división poco numerosa, y compuesta de los soldados más disciplinados, la que aventuraría un combate, contando con tener segura la retirada y un buen punto de defensa en Guadalajara, donde quedaría instruyéndose una fuerza considerable. Hidalgo contradujo este parecer: hizo presente que la poca fuerza regularizada que tenían, en su mayor parte no podía competir en disciplina con las tropas del Gobierno, de suerte que no pudiendo en el principio de la guerra apelar á otro recurso que al de la superioridad numérica que les había dado el triunfo en otras partes, era preciso oponerle á Calleja: manifestó que aquellas masas eran más útiles mientras más cerca estuviesen del centro, porque en las marchas se debilitaban por la desertión y los desórdenes; y expuso el peligro de que retirada de Guadalajara la fuerza más respetable, fuese atacada la ciudad por el Gobierno, ó de que en todo caso se cortara la retirada á Allende. La mayor parte de los jefes fueron de este dictamen, y se resolvió luego dar la acción en un lugar cercano, y separado sólo de la ciudad lo necesario para que ésta no sufriese los desastres de la batalla. La elección recayó en el puente de Calderón, y desde aquel día el nombre obscuro y olvidado de este lugar, perteneció á nuestra historia.

La razón de esta preferencia me parecía obvia mirando el campo, y los hombres del arte nunca la han negado. Calderón se halla situado diez leguas al Este de Guadalajara, y la configuración del terreno es la que denota el adjunto plano, y que se percibe á primera vista. Un pequeño riachuelo conocido con el nombre de Calderón, atraviesa de Oriente á Poniente una loma como de tres cuartos de legua de extensión, y con el tiempo ha hecho un cauce tan pro-



Campo del Puente de Calderón

fundó, que se tiene como invadable; por lo que en el punto más cómodo se construyó un puente que fuera de su celebridad histórica, nada tiene de notable, ni por sus dimensiones, ni por su arquitectura: es uno de esos puentes de un solo arco y con dos groseros pasamanos de piedra, que á cada paso encontramos en los caminos. A poco hay un rancho de tres ó cuatro miserables chozas, y siguiendo al Sureste se vé al frente un pequeño llano, limitado por el arroyo de las Amarillas, que como el de Calderón, desemboca en el río Tololotlán. Las grandes fuerzas numéricas del ejército americano, podían cubrir fácilmente una inmensa línea ocupando toda la loma que se extiende desde cosa de media legua al Norte del Puente, hasta tocar las riberas del arroyo de las Amarillas. Ocupando todos estos puntos, el frente por donde tendría que llegar el ejército español, y el puente mismo, quedaban del todo descubiertos, y bajo los fuegos del campo independiente, de manera que habiéndoselas con un ejército instruido y bien armado, el paso hubiera sido imposible.

Escogido ya el lugar, la batalla no podía diferirse. Venegas, que conocía la importancia de la celeridad, dirigió sobre Guadalajara tres ejércitos que debían atacarla en combinación. El más considerable, mandado por Calleja y su segundo, el Conde de la Cadena, constaba de cosa de 6,000 hombres, y victorioso en Aculco y en Guanajuato, se dirigía por el Bajío, pacificando de paso algunas ciudades de tercer orden, como Silao, León, Lagos y Aguascalientes, en las cuales encontraba cortas partidas de insurgentes, incapaces de resistir al ejército de Calleja. La segunda división, compuesta de 3,000 hombres, y mandada por Don José de la Cruz, se dirigía por el rumbo de Valladolid, y después de restablecer en aquella ciudad el Gobierno Virreinal, debía atacar á Guadalajara en combinación con Calleja. Con el mismo objeto había una tercera división al mando de Don Antonio Cordero, Gobernador de Coahuila, quien con las tropas de las provincias internas, se dirigía

por San Luis y Zacatecas. Cordero no pudo llegar porque el Teniente Coronel Don Ignacio Elizondo sublevó sus fuerzas. Cruz ocupó sin dificultad á Valladolid y salió inmediatamente para verificar su movimiento sobre Guadalajara; mas en el tránsito tuvo que batir á Don Ruperto Mier, que se había hecho fuerte en Urepetiro, y así el día 14 se encontraba todavía á más de sesenta leguas de Guadalajara, mientras que Calleja el 15 podía estar ya en frente de las lomas de Calderón.

Hidalgo, sabedor de su marcha, determinó también que el mismo día 14 comenzasen á salir de Guadalajara las fuerzas independientes, que llegaron el 15 á Calderón y establecieron allí sus baterías el mismo día; de modo que en la mañana del día 16, el ejército todo estaba ya acampado.

Si Calleja hubiera observado fielmente las órdenes de Venegas, y hubiera cuidado más de la seguridad del triunfo que del brillo de su fama, hubiera debido aguardar á Cruz y atacar en combinacón con él. Pero Cruz acababa de vencer sólo en Urepetiro; era el rival que Venegas le oponía, y deseando no partir con persona alguna el honor de una victoria tan importante, Calleja el día 16 movió su campo de Tepatitlán, tan mal instruido de los proyectos y la situación del ejército independiente, que, según dijo en su parte al Virrey, pensaba ocupar á Calderón, tanto tiempo hacía destinado por sus contrarios para dar en él la batalla decisiva. Aquella mañana, pues, aquella mañana para siempre memorable, los dos ejércitos se vieron por la primera vez, con los sentimientos indefinibles de espanto, de furor y de venganza, con que deben mirarse los que saben muy bien que van á ministrar un horrible contingente de odio y de barbarie, y que no tienen medio entre derramar la sangre ajena y verter la suya propia. Aterradora fué sin duda la víspera de aquella batalla, y cuando yo dirigía mis miradas al terreno en que cien mil hombres tuvieron un día aquellos sentimientos terribles; cuando me figuraba que aquellos campos que tan tranquilos y solitarios fueron

el teatro de la tremenda lucha; mil y mil pensamientos se sucedían en mi mente, y necesité un grande esfuerzo para fijar mi atención en el plano y los extractos que llevé, con objeto de reconocer los lugares en que ambos ejércitos se situaron.

Comenzando por el en que me hallaba, ví luego que en él se había establecido el grueso de las fuerzas independientes. Una batería de 67 cañones, defendida por una columna cerrada de infantería y apoyada en una línea cuádruple de batalla, constituía la fuerza principal del ejército, y estaba á las órdenes de Don José Antonio Torres, ocupando el frente de la loma que ve al puente. Desde allí está completamente dominado el terreno que hay entre éste y el que ocupó la batería, y hacia la izquierda se estableció una línea cuádruple de batalla, formando un ángulo saliente con ella. En la izquierda de esta loma estaba la segunda batería, defendida con doce cañones, y luego, pasando el río, seguía otra con sólo siete, colocada en la prolongación de la altura que se advierte en el plano y es muy notable en el terreno. De estas dos baterías mandaban la primera Don Juan Aldama y la última Portugal, y para defender las tres, Allende, á quien se había encargado dirigiese la acción, dispuso de la poca fuerza regularizada que tenía. "La infantería arreglada se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellos, y el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo, lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de quince mil caballos." (*) Los españoles levantaron hasta el cielo, como lo hacen todos los vencedores, las dificultades con que hubieron de luchar, y que en realidad se redujeron al heroico valor de los defensores de la In-

(*) Dr. Mora.

dependencia; porque teniendo aquéllos una superioridad infinita en cuanto á la disciplina y regularidad de sus fuerzas, no podían en verdad contar con otro obstáculo que el de la ventaja numérica, si es que puede serlo una circunstancia que unida á la falta de disciplina, siempre, como en aquel caso, más contribuye á la derrota que á la victoria. Además, las fuerzas del ejército de Hidalgo que entraron en acción, no pasaron de ocho mil hombres, cuya disciplina claro es que no podía ser buena.

En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á disciplinar y organizar siete Batallones de infantería, seis Escuadrones de caballería y dos Compañías de artillería, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres, (1), tan poco instruidos como podían haberlo sido en tiempo tan corto, y faltando absolutamente oficiales. Los pocos que quedaban del Batallón de la Reina y del de infantería de Celaya, eran los únicos que podían contarse como disciplinados; y en cuanto al armamento, el estado del ejército era tan malo, que no tenían más que mil doscientos fusiles viejos y recompuestos, por lo cual ocurrieron al arbitrio de construir granaditas que se lanzaban con hondas, y cohetes enormes con flechas ó púas de hierro agudas que se debían arrojar contra la caballería. (2) La esperanza de los jefes de la Independencia, se cifraba sobre todo en una numerosa artillería. Se recogieron los pocos cañones que había á las manos, se fundieron otros muchos, y se mandaron traer desde San Blas todas las piezas que componían su artillería gruesa, y cuyos calibres eran de 16 á 24. Su transporte fué un verdadero prodigio, puesto que aquellas piezas enormes fueron arrastradas durante más de cien leguas de un camino fragosísimo, y por el cual en algunas partes jamás han pasado ruedas; sin más máquinas que los hombros de millares de mexicanos que "regaban material-

(1) Dr. Mora.

(2) Bustamante en el Cuadro Histórico.

mente la tierra con el sudor de su cuerpo," como ha dicho el señor Bustamante. Algunos de aquellos cañones quedaron desbarrancados en Mochitiltic, y llegaron á Guadalajara 43, de los que se mandaron treinta y tantos al campo de Calderón, donde se reunieron 103, de los que 8 se desbarrancaron y 87 cayeron en poder de los españoles: de éstos, 43 eran fundidos por los insurgentes. (1) En cuanto á Calleja, su ejército constaba de seis mil hombres perfectamente disciplinados, con la mitad de caballería, diez piezas de campaña y un repuesto enorme de municiones. (2) Tales eran los dos ejércitos que debían batirse.

En la tarde del 16, Calleja se acercó á hacer un reconocimiento del enemigo: dos Compañías de voluntarios de Celaya y Guajuato, prosiguiendo el reconocimiento, se encontraron con las avanzadas americanas, y sostuvieron con ellas un tiroteo que alarmó á Calleja de tal suerte, que mandó en su auxilio al Cuerpo de infantería ligero de San Luis, á la Compañía de escopeteros de Río-Verde, y á los Escuadrones de España y México. (3) Las avanzadas sostuvieron el fuego, y se retiraron en orden al puente. Calleja se situó á tiro de cañón de éste, y no volvió á ocurrir novedad durante la tarde. Llegó la noche, y los dos ejércitos durmieron acampados á tiro de cañón el uno del otro, y en medio de aquel silencio profundo, que no era más que el lúgubre precursor de las tremendas escenas que debían verificarse á la vuelta del día. Torres instó por que se le diesen unas piezas y alguna fuerza, para molestar toda la noche al ejército realista; pero Allende no convino con esta idea, que según uno de nuestros historiadores, (4) hubiera podido dar grandes resultados, debilitando y aterrorizando á los enemigos, en los cuales, la multitud de los contrarios, debía siempre producir gran temor.

(1) Estado remitido por Calleja.

(2) Dr. Mora.

(3) Parte de Calleja.

(4) Dr. Mora.

En cuanto á Calleja, conocía las ventajas de la disciplina: aseguró á su ejército que "aquellas masas inmensas de caballería introducirían el desorden y la confusión en sus líneas, dándoles la victoria," (1) y después de practicado otro reconocimiento por el Comandante de la artillería, Don Ramón Díaz de Ortega, formó su plan, reducido á que "una columna atacase por la derecha del enemigo hasta desalojarlo de la loma y baterías, al mismo tiempo que otra por la izquierda, le llamara la atención por ambos lados, y atravesara el puente, ó vadease el arroyo según conviniere, cayendo á un tiempo con todas las fuerzas sobre el centro en que se percibía el grueso del ejército contrario." (2) En la noche hizo reconocer si había algún paso vadeable para subir á la loma donde estaba la batería principal, y por la mañana distribuyó su fuerza en tres columnas. La primera se puso al mando de Don Manuel Flon, Conde de la Cadena, antiguo Gobernador de Puebla, y famoso por el carácter implacable y sanguinario que había desplegado en la guerra de Independencia, y se componía del Regimiento de infantería de la Corona al mando de Don Nicolás Iberri, y de los Regimientos de México, Puebla y Querétaro, al mando, el primero, del Capitán Barón de Antonelli, y los otros dos al de los Coroneles Don Diego García Conde y Don Manuel Pastor, con cuatro cañones de batalla. (3) Al mando de Don Manuel Emparán formó otra columna de caballería, para que acometiese por la dere-

(1) Su proclama de la víspera.

(2) Estas son las palabras de su parte, aunque es probable que haya querido presentarse, previendo el plan de batalla, en el mismo orden que observó después, estrechado por circunstancias harto desagradables para él. En su proclama después de la victoria, dice que la batalla fué obra de seis minutos; y en muchas otras de sus comunicaciones, se ven con frecuencia las tanfarronadas y pedanterías más ridículas.

(3) Parte de Calleja.

cha, flanqueando la última batería de aquel lado; mientras que el Coronel Don José María Jalón debía acometer por el centro, quedando Calleja con la reserva para ocurrir á donde conviniera. (1)

Por su parte, Allende dispuso que Abasolo se colocara en la cabeza del puente mandando una fuerte división que se extendía al pie de las dos baterías, con el objeto de impedir el paso del ejército de Calleja. Tales fueron las disposiciones de la batalla.

III.

El día 17 el ataque comenzó con la claridad de la aurora. El Conde de la Cadena marchó el primero con su división, llevando los cañones á mano y superando la dificultad que presentaba el terreno, y la acción se comprometió en el acto. Las valientes tropas de Abasolo le salieron al encuentro, y emprendieron una lucha sangrienta, con objeto de impedirle que subiese á la loma, y pretendiendo cortar de la división principal una sección considerable de infantería, que al mando del Capitán Don José Ignacio Vizcaya, protegía la marcha de aquélla, con la que logró al fin reunirse, llevando dos cañones que quitara á las fuerzas independientes. Entonces Calleja, que se había movido protegiendo la marcha de la primera división, se dirigió hacia el puente con objeto de tomarlo, y no pudiendo hacerlo porque "tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición," (2) se adelantó con su Estado Mayor, cuatro cañones, el Batallón ligero de Patriotas, la Compañía de escopeteros de Río-Verde, las dos de voluntarios y su escolta, y ocupó una pequeña eminencia que se vé á la izquierda del puente y cerca del lugar donde estuvo la tercera batería.

Entre tanto, la acción se había comprometido en la izquierda y en la derecha. El Conde de la Cadena, orgulloso con el éxito que había obtenido, y llevado de su natural

(1) Dr. Mora.

(2) Son palabras de su parte mismo.